

EL CERCO DE ZAMORA

POR EL REY DON SANCHO II DE CASTILLA.

POEMA IMPRESO

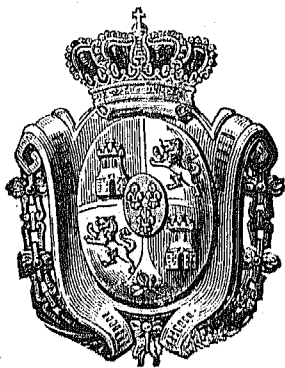
POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA,

POR SER ENTRE LOS PRESENTADOS

EL QUE MAS SE ACERCA AL QUE GANÓ EL PREMIO.

SU AUTOR

DON FERNANDO CORRADI.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
AÑO DE 1833.

(I)

I.

Ya el claro númen, hacedor del día,
Me infunde grato su divino aliento;
Y oyendo el eco de la musa mía,
El mar se calma, y apacigua el viento:
Ya al sonido de bélica armonía
Del suelo humilde arrebatar me siento;
Ya miro absorto las tremendas puertas
Del férreo alcázar del Destino abiertas.

II.

Este inflexible dios con dura mano
Rige del vasto mundo las regiones,
Y al mover de su labio soberano
Se encumbran ó se abisman las naciones.
La ciega diosa, el destructor anciano,
Penden de sus eternas decisiones;
Y sumisa á sus pies también se advierte
Con el genio del mal la horrenda muerte.

(2)

III.

Puesta á su lado celestial matrona
Á quien adorna de victoria el manto,
Muestra en su sien de España la corona
Que un tiempo fuera de la tierra espanto:
Con alma faz la intrépida amazona
Al escuchar mi belicoso canto,
Rasga á mi vista en el hesperio suelo
De lo pasado el tenebroso velo.

IV.

¿Que voz de bronce, que pincel bastara
Á retratar el memorable llano,
En donde quiso la fortuna avara
Manchar los hechos del valor hispano?
¿Quién la perfidia, la traicion mostrara
Que afiló el hierro con ardor insano;
Cuando rota la paz y la concordia
Alzó su frente la infernal Discordia?

V.

De su maligno aliento á los vapores
En los amenos campos de Zamora,
Se marchitan las yerbas y las flores,
Pierde el árbol los frutos que atesora:
Huyen amedrentados los pastores,
La esposa gime, la doncella llora;
Y al ver el soldadesco desenfreno
El rostro oculta en el materno seno.

(3)

VI.

Como del monte asolador torrente
Horrisono despeña el curso fiero,
Tal marcha audaz la castellana gente
Cubierto el pecho de bruñido acero:
Saludando del sol la luz naciente,
Los aires puebla de clamor guerrero;
Y haciendo alarde de feroz pujanza,
Maneja diestra la nudosa lanza.

VII.

Nubes de polvo en derredor despide
Atropellando cuanto encuentra y mira;
Ya llega al son del parche, y cuanto impide
Su veloz curso bajo el hierro espira.
Ya erguido el cuello con los ojos mide
Las gruesas torres que á rendir aspira:
Mientras el sitiado con teson valiente
Mas que entregarlas perecer consiente.

VIII.

Á las orillas del undoso rio
Su inmensa fuerza el castellano bando,
Desplega, lleno de gallardo brío,
Del gran caudillo al imperioso mando:
Con varonil talante y señorío
Las numerosas filas ordenando,
Sus nobles gefes á quien nada aterra,
Genios parecen que abortó la guerra.

(4)

IX.

No ricas joyas sobre yelmos de oro
La infatigable tropa ostenta ufana;
Hierro la cubre, y mira cual desdoro
Del lujo inútil la apariencia vana:
Solo es su espada su mayor tesoro,
Su lecho el suelo, no mullida lana,
Y en vez de adornos llevan por matices
Sus graves rostros largas cicatrices.

X.

El Cid famoso con mirar sereno
Entre todos cual astro resplandece:
El firme pecho, de temor ageno,
Con ancha cota de metal guarnece:
Lleva en el casco, de labores lleno,
Azul plumage que Favonio mece;
Y por divisa en el escudo fuerte:
Buscar la gloria y despreciar la muerte.

XI.

Con duro aspecto y ademan forzado
Un soberbio corcel Ordoñez guia;
La pica mueve y triangular escudo
Que al moro infiel arrebatado habia;
Rojiza banda con gracioso nudo,
Que de sus hombros por tahalí pendia,
Sostiene el sable, que cual claro espejo
Esparce en torno lúcido reflejo.

(5)

XII.

Nuño á su lado con fulgente cota
Lidiar ansiando muestra su alborozo,
Y el cándido Noriel en quien se nota
Señal apenas de naciente bozo,
El membrudo Rodrigo que denota
Gozarse entre la sangre y el destrozo;
Y ostentando sus armas y blasones
Los siguen mil invictos campeones.

XIII.

Como cercado del celeste coro
El sumo Dios que en el Olimpo truena,
Mueve las plantas sobre nubes de oro,
Bañado el rostro en magestad serena;
Tal Sancho al eco del clarin sonoro
Y entre el marcial tumulto que resuena,
En medio de sus huestes aparece,
Y á sus guerreros todos oscurece.

XIV.

En vez de sedas con primor labradas,
Al Soberano intrépido defienden
Ferreas armas de acero recamadas,
Que á los rayos del sol en luz se encienden:
Lleva el morrion con plumas sonrosadas
Que en vago tremolar los aires hienden;
Y teniendo en la lanza el brazo fijo
Alzó la voz, y á sus guerreros dijo.

(6)

XV.

Heróica prole, de la Iberia gala,
Que seguís en las lides mis pendones,
Vos que ni Marte en el valor iguala
Siendo envidia y terror de las naciones;
Aunque el veneno que la envidia exhala,
Pretendiera empañar mis intenciones,
Vos lo sabeis, legítimo derecho
Armó mi brazo y animó mi pecho.

XVI.

Mas antes que al impulso de mi saña
El pueblo altivo exterminado sea,
Antes que encienda en la asolada España
La civil guerra su terrible tea,
Y á los rigores de mortal guadaña
La flor de Iberia fenecer se vea;
Haré, templando el fuego que me guía,
Sonar la voz de la clemencia mia.

XVII.

Si antes que el astro que en Oriente brilla
Ceda á la noche su celeste trono,
Dobla á mi régio cetro la rodilla,
Olvidando su audacia le perdono;
Mas si rebelde la cerviz no humilla
Vibraré el rayo de mi justo encono;
Y en lamentos trocando su esperanza,
Servirá de escarmiento mi venganza.

(7)

XVIII.

Dijo: y cual suelen con discordes sonos
Zumbar las cañas que sacude el viento,
Tal oyendo de Sancho las razones
Retumba en derredor confuso acento:
Sienten el mal los cuerdos campeones,
Aplauden el joven al guerrero intento,
Y la bastarda adulacion sumisa
Bate las palmas con servil sonrisa.

XIX.

¡O torpe adulacion! monstruo velado
Que al pie del solio envilecido moras,
Protéo infiel de flores adornado,
Tu ponzoñosa copa astuto doras:
Baja al profundo Averno despeñado,
Huye del universo que desdoras;
Deja que suba la verdad sincera
Á la mansion donde el poder impera.

XX.

¿Quién es la jóven que angustiada miro
Alzar la vista en ademan doliente,
Y rasgando sus labios el suspiro,
El llanto empaña su beldad naciente;
Su blanco velo en caprichoso giro
Deja mover al matutino ambiente;
Y al contemplar el campo castellano
Rogar parece á su implacable hermano?

B

(8)

XXI.

¿Eres tu á quien formó naturaleza,
En valor Palas, en beldad Ciprina,
Prodigio de virtud y de belleza,
Que á rendir almas el amor destina;
Que ciñes de diadema la cabeza,
Y al candor unes la expresion divina?
Ella es, la augusta Reina de Zamora,
Á quien obedeciendo el pueblo adora.

XXII.

Arias la sigue que en su edad primera
La vió reir en la dorada cuna,
Y unido de Fernando á la bandera
Hizo menguar la mauritana luna;
El que las leyes de su Rey venera,
Escudo es de su gloria y su fortuna;
Y contra aquel que destronarla intenta,
Arma su brazo y su vigor ostenta.

XXIII.

Dejando en tanto el régio campamento
El Cid en embajada se adelanta,
Y con grave ademan y paso lento
Muestra en señal de paz la oliva santa:
Le ve Urraca acercarse, y al momento
Ocultando el penar que la quebranta,
En medio de su hueste y pueblo entero
Recibe firme al noble mensajero.

(9)

XXIV.

Al presentarse el Cid la vista pone
Turbado en ella, y su belleza admira,
Y tal su excelsa magestad le impone
Que trémulo al hablar su voz espira:
Teme que á la embajada no corone
Pacto conciliador: calla y suspira;
Y de recuerdos mil y afectos lleno,
Late agitado de emocion su seno.

XXV.

¡O Reina generosa! al fin exclama,
Hoy deja Sancho en tu clemente mano,
Que dando tregua al hierro y á la llama
Vuelvas la antigua paz al pueblo hispano:
Que rindas solo esta ciudad reclama
Ofreciendo otros dones; mas si en vano
Intentas resistiendo hacerle agravio,
La guerra te declara por mi labio.

XXVI.

Asi dijo: y el pueblo silencioso
Irritado al oir la audaz propuesta,
La airada vista con afan ansioso
Tiene en los labios de la Reina puesta:
El tardo anciano, y jóven vigoroso,
La tierna madre, la doncella honesta,
Su fallo esperan con bizarro aliento
Cercando en grupo el eminente asiento.

(10)

XXVII.

Con púdico rubor la Soberana
Que el entusiasmo general observa,
Bella como la luz de la mañana,
Siente ahuyentarse su tristeza acerba;
Pesa en su mente la demanda insana,
Y animada de un soplo de Minerva,
Vuelta hácia el pueblo que su ardor no esconde,
Tal con augusta dignidad responde.

XXVIII.

Si la diadema que mi sien corona
De la paterna voluntad herencia,
Ese hermano despótico ambiciona
Arrebatar-me en su fatal demencia;
Si el hierro, si la llama no perdona
Por verme reducida á la obediencia;
Yo tengo brazos y valientes almas
Que en ciprés truequen sus odiosas palmas.

XXIX.

Mas si á costa de muertes y de horrores
He de ver este trono sustentado,
Pidiéndome la esposa en sus clamores
Su muerto bien, la madre al hijo amado:
Ah! si debo entre bárbaros furores
Gobernar con un cetro ensangrentado;
De Sancho cedo á la ambiciosa saña,
No por flaqueza, por amor á España.

(11)

XXX.

Dijo: y Arias al punto alzó los brazos
Y así prorumpe al solio dirigido:
Jamás de usurpacion los viles lazos
Podremos tolerar: ese atrevido
Hechos primero nos verá pedazos
Que doblados al yugo aborrecido;
Y antes que injusto usurpe tus derechos,
Ha de abrir paso en nuestros fieles pechos.

XXXI.

De justa indignacion henchido el seno
Al eco de la voz que le provoca,
Semejante al fragor del ronco trueno
Lanza el pueblo un clamor que al cielo toca:
Y á su ardimiento no poniendo freno
Al Dios de guerra cada cual invoca,
Haciendo resonar con mano airada
En el broquel el pomo de la espada.

XXXII.

Oye Urraca el clamor, y en la áurea silla
De viva gratitud y afecto llena,
Corre el llanto en su pálida mejilla,
Cual perlas del rocío en azucena:
Escucha, dice, al héroe de Castilla,
El magnánimo estruendo que resuena;
Él guerra anuncia á tu Monarca impío,
Él te responde por el labio mio.

(12)

XXXIII.

Si de mi pueblo el generoso zelo
A mi intentada sumision se opone,
Rendida cedo á tan ferviente anhelo
Honrando el riesgo á que su amor le expone:
De la inicua opresion testigo el cielo,
Que infausto triunfo á la opresion corone;
Y ya que Sancho mortandad desea,
Arda de Palas la horrorosa tea.

XXXIV.

Dijo: y en vano combatir pudiera
El duro fallo el héroe castellano:
Guerra, guerra resuena donde quiera,
Guerra sin tregua al invasor tirano,
Guerra retumba en la celeste esfera,
Guerra pronuncia el niño y el anciano;
Y el Duero embravecido al son que aterra,
Repite en su corriente guerra, guerra.

XXXV.

No bien el eco estrepitoso llega
Al régio albergue donde Sancho mora,
Que hiere arrebatado en furia ciega
El suelo con su lanza destructora:
Al sabio aviso de razon se niega,
Eterna destruccion jura á Zamora,
Al mismo Cid frenético reprende,
Y su fe ultraja, y leáltad ofende.

(13)

XXXVI.

Apenas Febo en plácidos albores
Del monte pinta la elevada cumbre,
De la bélica trompa á los clamores
Cubre el campo guerrera muchedumbre:
Yelmos, lanzas, pendones de colores,
Brillan del claro sol á la vislumbre;
Y bajo el pie del castellano sube
De espeso polvo tenebrosa nube.

XXXVII.

Arias activo en elevada torre
Cuando moverse al enemigo advierte,
Al arma, grita, y denodado corre
A la victoria ansiada ó á la muerte.
Do quiera el muro rápido socorre
Con piedras, con betun, con hierro fuerte;
Y la débil muger y el tardo anciano
Arman en pátrio amor la flaca mano.

XXXVIII.

No mas furioso el mar hinchado muge,
Montes de espuma levantando al cielo,
Como á la voz de Sancho en fuerte empuje
Su hueste asalta con sangriento anhelo:
El ariete fatal rodando cruge,
Lluvia de flechas cubre al sol de un velo,
Zumban los dardos que al contrario alcanzan,
Silban las piedras que las hondas lanzan.

(14)

XXXIX.

Saliendo empero intrépido el sitiado
De sus trincheras por oculta via,
Ataca al enemigo descuidado
Cuando á sus muros en tropel subia:
Sancho lo mira, y con acento airado
Su castigo y destrozo á Ordoñez fia;
Mientras él vuela con el Cid, cual Marte,
Al recio asalto por la opuesta parte.

XL.

¡O Musa! inspira mi cansado aliento,
Cuenta tú del monarca la fiereza,
Cómo en unos su acero hunde sangriento,
De otros derriba al suelo la cabeza:
Rompe, tala, destroza, en su ardimiento
Le sigue el llanto, el duelo, la tristeza;
Sangre tiñe la espada de ese Atila,
Sangre la crin de su corcel destila.

XLI.

Responde el hierro al excitante amago
Para saciar la furia que los ciega,
De hirviente sangre caudaloso lago
Las altas torres y los fosos riega:
Suena entre horrores mortandad y estrago
La voz del triste que vencido ruega;
Rotos los muros, se divisa entre ellos
Sangrientos miembros, divididos cuellos.

(15)

XLII

Quién las almenas con resueltos brazos
Subir ansiando reciamente estrecha;
Quién rueda desde arriba hecho pedazos
Cuando trepaba por la abierta brecha;
Quién el cuerpo infeliz con mil flechazos
Revuelca en sangre que á torrentes echa;
Quién rauda enciende la tenaz muralla,
Que ardiendo humea y atronando estalla.

XLIII.

Como á impulsos de un fuego cavernoso
Allá en el Etna gigantéa roca,
Temblando de su asiento poderoso
Hasta la cima que á las nubes toca,
Con crugido y estrépito espantoso
En el profundo valle se derroca;
Así á los golpes del ariete duro
Ruedan las torres del hendido muro.

XLIV.

Envuelto de humo en hosco torbellino
El Cid temible á sus valientes guía,
Y espanto y muerte, abriéndose camino,
Á cada golpe de su brazo envía:
De Arias un hijo por su mal destino
Al héroe invicto insulta y desafía;
Anhelando coger palmas de gloria,
Quitándole la vida y la victoria.

C

(16)

XLV.

Á disputarle el paso se adelanta
Y agudo dardo al castellano arroja,
Que en la ferrada cota se quebranta
Y apenas de su adorno la despoja;
Mas él la pica con rencor levanta,
Y como cae del árbol débil hoja;
Derriba al suelo el joven imprudente
Cárdeno el labio, sin color la frente.

XLVI.

Al verlo el padre se estremece y gime,
Lágrimas vierte en su punzante pena,
La armada mano contra el Cid esgrime,
Un grito dando que terrible suena:
Ah! con la muerte ¡ó bárbaro! redime
Accion de un bravo caballero agena;
Dijo: y vibrando en derredor la espada
Le rompe en trozos mil cota y celada.

XLVII.

Como leon por el Etiope herido
De la arenosa Libia en el desierto,
Dando al vivo dolor atroz rugido
La crin encrespa de sudor cubierto,
Y al ver su sangre, en iras encendido,
Veloz se arroja al cazador experto;
Tal, ciego de furor, espada en mano,
El Cid se lanza al insultante anciano.

(17)

XLVIII.

Se juntan, se defienden, se golpean,
La armadura se rompe dividida;
Ya rápidos girando se rodean
Despreciando los golpes y la vida;
Ambos con ansia de matar desean
De su fuerte adversario la caída:
Y atónitos los miran sus soldados,
Ambos en sangre y en sudor bañados.

XLIX.

El Cid, que tanta resistencia ofende,
Descarga con tal brio un golpe fiero,
Que el doble casco del contrario hiende
Debilitando su vigor primero:
Con la voz le amenaza, ya le ofende
Con el filo y la punta de su acero,
Ya con fuerzas le aferra sobrehumanas,
Ya tiñe en sangre sus nevadas canas.

L.

Los hijos con dolor del padre amado
El riesgo miran y á su amparo vuelan
Mas prontos que el venablo disparado,
Mostrando que el peligro no rezelan:
Cercan al Cid del uno y otro lado
Y ansiosos todos destrozarle anhelan;
Mas él les muestra con audacia tanta,
Su escudo al golpe, el hierro á la garganta.

(18)

LI.

Como en el Etna con robusta maña
El cíclope nervudo el yunque bate,
Tal ellos hieren con pujante saña,
Y él resiste cual bronce al triple embate;
Mas sus falanges que su riesgo ensaña,
Corren gritando al desigual combate;
Crugen las armas, los clarines suenan,
Y al recio golpeár los ecos truenan.

LII.

En tanto Ordoñez tala la llanura,
Y altivo insulta y sin piedad destroza;
Caliente sangre inunda su armadura
Y el bárbaro al mirarla se alborozaba:
Abre á sus pies funesta sepultura,
Entre hollados cadáveres se goza,
Y despreciando la inconstante suerte,
Clama con voz tremenda, guerra y muerte.

LIII.

Y al hórrido clamor con negro manto
Cubre su faz la celestial esfera,
El rayo silba, y derramando espanto,
Cruza en los aires la Discordia fiera:
Rechina el carro, la cabeza en tanto
De víboras crinada alza altanera;
Y envuelta en torno en vengativa llama,
Su aliento irrita y su ponzoña inflama.

(19)

LIV.

Llevados del influjo que los mueve
Se despedaza el uno y otro bando:
Hasta el hijo ¡qué horror! esconde aleve
En quien el ser le dió puñal nefando.
Ni el doliente quejido le conmueve
El hermano al hermano degollando;
Y en las aguas del Duero ensangrentadas
Ruedan pendones, cotas y celadas.

LV.

¿Dó estas ¡ó Sancho! en tan acerbo instante?
Escucha de la patria los clamores,
Óyela con gemido penetrante
Reclamar sus heróicos defensores;
Mas tú la lanza empuñas, y arrogante
Sigues la turba vil de aduladores:
¡Tente; te pierden: ¡ay! que audaz, seguro,
Corre, rompe, destruye, escala el muro.

LVI.

Mas ya Febo en su curso apresurado
Á los senos del mar el carro guía;
Cesa el lidiar del uno y otro lado,
Mas no vencido el uno al otro habia.
Solo el lamento del dolor llevado
Por el nocturno viento se extendia;
Y al rayo de la luna en faz que asombra
Vagaba aquí y allá sangrienta sombra.

(20)

LVII.

Sacudiendo la noche su beleño
Tiende el lóbrego manto sobre España,
Y á Sancho convidando al blando sueño
Con narcótico bálsamo le baña:
Ya poco á poco con amante empeño
La luz incierta de su vista empaña;
Y del oscuro carro do se asienta
Profética ilusion al Rey presenta.

LVIII.

Un delicioso bosque se le ofrece
Do bulle y salta arroyo cristalino,
Do la copa del álamo se mece
Al perfumado ambiente matutino:
Purpúrea flor en sus alfombras crece,
Esparce el rui señor canto divino;
Y la paloma que al consorte llama,
Lleva el vuelo fugaz de rama en rama.

LIX.

Campestre fuente con murmullo leve
Música forma en torno melodiosa,
Y de las perlas que su caliz llueve
Nace el jazmin y la flamante rosa:
De azul pintada, de carmin y nieve
Vuela do quier versátil mariposa;
Y al aliento del Zéfiro templado
Sonríe el cielo, y se matiza el prado.

(21)

LX.

Gozando Sancho el odoroso ambiente
Por florido sendero el paso lleva,
Y al grato albor, al ruido de la fuente,
Melancólico afan en su alma prueba:
Cuando á sus ojos huye y de repente
Se cambia el bosque en una escena nueva;
Cual si su forma mágico trocara,
El golpe oculto de encantada vara.

LXI.

Se ve al fulgor de moribundo día
Entre altos riscos solitario valle,
Donde fúnebres sombras esparcia
De unidos olmos tenebrosa calle:
Allí de Abril la verde lozanía
La vista busca sin que nunca la halle;
Pareciendo negó naturaleza
Al suelo erial su espléndida belleza:

LXII.

Y al pie aparece de una gruta oscura
Que entre silvestres ramas se dilata,
Triste ermitaño en tosca vestidura
Que al cuerpo ciñe ruda sogá y ata:
Le baja desde el rostro á la cintura
Espesa barba de movable plata;
Tiene puesto á su planta el cetro hispano,
Y un libro abierto en la siniestra mano.

(22)

LXIII.

Mira al Monarca, y con no ambigua seña
Le intima que acercándose le siga,
Y en el recinto de la hueca peña
Á entrar con él solícito le instiga:
Allí entre rocas un altar le enseña
Do á orar humilde en bronca voz le obliga;
Mas dejando de pronto aquella forma
En colosal gigante se transforma.

LXIV.

Y á Sancho asiendo, que resiste en vano,
Por los espacios súbito le lleva,
Ya los pies pone en un profundo llano,
Ya por las nubes rápido le eleva:
Y lleno de un esfuerzo sobrehumano,
Sin que su ardiente suplicar le mueva,
Raudo atraviesa, no dejando indicios,
Riscosos montes, hondos precipicios:

LXV.

Y en arenal cubierto de despojos
De humanos cuerpos deteniendo el vuelo,
Exclama el genio con fulmíneos ojos:
Contempla, ó Sancho, este sangriento suelo;
Cárdenos miembros cubren sus abrojos,
Y tu vives impío sin rezelo:
Aquí arrancó tu mano parricida
Á Ramiro infeliz corona y vida.

(23)

LXVI.

Tiembla, se acerca el ejemplar castigo
Que el Dios de las venganzas te reserva;
Y á los abismos bajarán contigo
Tu loca audacia, tu ambicion proterva:
Desnaturado Rey, yo te maldigo,
Y oculto brazo que el temor no enerva
Tu seno ha de romper..... tiembla, enmudece,
Dijo: se abre la tierra y desaparece.

LXVII.

Los ojos alza el Soberano, y yerto
Al fatídico son que profetiza,
Helado el cuerpo de sudor cubierto,
El cabello de espanto se le eriza:
Mira á sus pies un precipicio abierto
Piensa que en él un monstruo se encarniza;
Y ronco el pecho que el horror conmueve,
Los turbios ojos convulsivo mueve.

LXVIII.

Salió en tanto del mar el áureo Apolo
Dando vida y calor á la pradera,
Y en rayo oblicuo iluminando el polo,
Cien veces hizo su inmortal carrera,
Sin que el invicto pueblo un punto solo
Al esfuerzo contrario se rindiera;
Mientras le cerca con puñal punzante
La aguda fiebre, el hambre devorante.

D

(24)

LXIX.

Aqui el anciano moribundo gira
Agoviado al dolor que le quebranta;
Pálido el hijo con horror le mira
Sin que pueda aliviar congoja tanta;
Allá la virgen lánguida suspira
Mústia cual turbia luz y ajada planta:
Y falto de vigor deja el soldado
La pica inútil y el morrion pesado.

LXX.

Yerta la madre al grito de su infante,
Del conyugal amor dulce tesoro,
Tierna lo estrecha en su regazo amante,
La mano puesta en sus cabellos de oro:
Para él la triste en eco delirante
Sustento pide con amargo lloro;
Y al abrazarle con materno exceso
Muere en su labio de la angustia el beso.

LXXI.

Lo mira la Discordia, y del abismo
Los monstruos sus prosélites convoca,
La encubierta traicion, el fanatismo,
El odio, la impiedad, la ambicion loca;
Y desde el centro de su sólio mismo
Do arroja llamas de la impura boca,
Les dijo así, ciñendo la diadema,
De su tremenda autoridad emblema.

(25)

LXXII.

Vosotros, habitantes del Averno,
Que unidos á los míseros mortales,
Sus pechos abrasais de un fuego interno
Origen espantoso de sus males:
Hoy que rota la paz, don del Eterno,
Huyóse á las moradas celestiales;
Debeis, uniendo vuestra astucia y brio,
Cimentar en Hesperia el trono mio.

LXXIII.

Ya que Zamora mustia y vacilante
Doblar la frente al sitiador pudiera,
Y risueña volver la paz triunfante
Á dar su ley á la nacion ibera:
Herido caiga el déspota arrogante
Que sus murallas conquistar espera;
Y causando su fin traicion aleve
La guerra avive y mortandad renueve.

LXXIV.

La traicion á su voz gozosa brama,
Y con sesgo mirar y torvo ceño,
Urde al momento inevitable trama
Al escuchar el execrando empeño:
Y cual sierpe que oculta en verde rama
Acecha al triste que gozara el sueño;
Tal el rostro disforme alzando astuta
Mueve el puñal, prepara la cicuta.

(26)

LXXV.

Cuando eclipsado el esplendor febéo
La oscura sombra á reposar convida,
Entregando á los brazos de Morfeo
El débil hombre que el penar olvida;
La traicion mueve el cuerpo gigantéo,
Y abandonando la infernal guarida,
Un alma busca en el sitiado muro
Do verter pueda su veneno impuro.

LXXVI.

Mira á Vellido en fin, feroz soldado,
De vil inclinacion, torpe en acciones,
Que en criminal amor alucinado
Manda cien vagabundos campeones:
Los ojos hacia Urraca alzando osado
Ansiara tributarle adoraciones;
Mas el respeto que virtud imprime,
Sella sus labios y su ardor reprime.

LXXVII.

En profundo letargo sumergido
En tosco lecho la cerviz reclina,
Lanzando un ¡ay! del pecho conmovido
Cual si gozara de ilusion divina:
El monstruo que le observa complacido
Por su odioso ministro le destina;
Y apartando el vapor que le circunda,
Trueca en angélical su forma inmunda.

(27)

LXXVIII.

Demuda de su rostro la fiereza,
De azucena y carmin su tez colora,
Cubre de ebúrneo casco la cabeza,
La trasformada crin en bucles dora;
Y ostentando en gallarda gentileza
Sutil ropage del color de aurora,
Como angel del empíreo descendido
Se aparece al atónito Vellido.

LXXIX.

Alza le clama ¡ó joven valeroso!
Tu pensamiento á mas sublime esfera,
Despierta de ese sueño vergonzoso
Y el decreto del hado oye y venera:
Ese amor que refrenas temeroso
Preciado premio en galardón tuviera,
Si librando la patria osado y fuerte,
Á Urraca salvas dando á Sancho muerte.

LXXX.

Tal dijo, y en el aire un Iris traza,
Mientras que al eco que divide el viento
Como nube que el rayo despedaza,
Retumba estremecido el aposento:
Ella tres veces al guerrero abraza,
Tres veces lo emponzoña de su aliento;
É infundiéndole en fin su esencia aleve
Se eclipsa convertida en humo leve.

(28)

LXXXI.

Silbando en tanto el austro se enfurece
Y arranca y quiebra la robusta encina;
Hirviendo el mar hasta los astros crece,
Un fuego destructor solo ilumina,
La tierra en sus cimientos se estremece,
El cielo entre relámpagos fulmina,
Y asorda, roto de la nube el seno,
El ronco son del horroroso trueno.

LXXXII.

Con fanático ardor se alzó Vellido
Al súbito fragor de la tormenta,
Pensando que el oráculo mentido
El mismo Dios solemnizar intenta:
El brazo al firmamento dirigido
Su vengador acero le presenta;
Y jura ardiendo en sanguinario anhelo
Obedecer las órdenes del cielo.

LXXXIII.

Mas ya la aurora con fecundo llanto
Las puertas abre del rosado oriente,
Y el pajarillo con risueño canto
Saluda en trino al astro refulgente:
Ata el labriego vigoroso en tanto
Al duro arado el animal paciente;
Deja el pastor su rústico techado,
Y á pacer lleva el cándido ganado.

(29)

LXXXIV.

Al nuevo brillo del luciente dia
Hacia su pueblo, en congojosa pena,
Urraca las miradas dirigia,
Bañada en lloro y de zozobras llena:
Niños y ancianos donde quier veia
Que el hambre atroz á perecer condena;
Do quiera el sollozar del afligido
Rompe su corazon, hierre su oido.

LXXXV.

Cuando á sus ojos súbito aparece
Un guerrero que hablarla solicita:
El ébano sus armas oscurece,
Lleva en su rostro la impiedad inscrita;
Negro penacho, que al andar se mece,
Orna su yelmo que al romano imita:
Humilde al suelo la rodilla pone,
Y á Urraca así con decision propone.

LXXXVI.

Hoy que al impulso de contrarios hados
Huyó la paz y plácida bonanza,
Y apenas en las torres los soldados
Sostener pueden la pesada lanza;
Que de horrores tus súbditos cercados
Pierden desfallecidos la esperanza;
Cuando ya ensalza el sitiador su gloria,
Darte prometo el lauro de victoria.

(30)

LXXXVII.

Sí, por la cruz de aquesta espada juro
Que á pesar del Monarca vengativo,
Sabré librar el asediado muro
Si dulce premio en galardón recibo:
Tu agrado solo y gratitud procuro;
Por ellas venzo al castellano altivo;
Y si los logro merecer, señora,
Castigo á tu opresor, salvo á Zamora.

LXXXVIII.

Lejana Urraca del atroz delito
Que un falso velo de heroísmo zela,
Así responde, en el semblante escrito
Gozoso afecto que el placer revela:
Si con mi aprecio tu valor incito
Al fin heroico denodado vuela;
Que sabrá dar, si tu ofrecer no es vano,
Palmas mi gratitud, premios mi mano.

LXXXIX.

Vellido ufano de placer suspira,
Y á los acentos de la Reina bella
Del régio alcázar ágil se retira,
Y en presta planta las murallas huella:
Allí fingiendo que á vengarse aspira
Astuto en Arias su furor estrella;
Vuela tras él con ímpetus feroces,
Y así le ultraja en insolentes voces.

(31)

XC.

Cobarde anciano que con lengua impía
Mi hidalga sangre calumniar osaste,
Premio tendrá tu indigna villanía
Sin que ni el trono ni el altar te baste:
Con tus consejos y falaz porfía
Nuestro sepulcro y deshonor labraste;
Tú que con mengua dominar pretendes,
Á Urraca engañas, á Zamora vendes.

XCI.

Con fuerte impulso y vigorosa diestra
El noble anciano á la imprevista injuria,
Desnudo el hierro á su adversario muestra
Para saciar la suscitada furia:
Conmigo sal, le grita, á la palestra
Do libre al mundo de tu raza espúria;
Mas al brillar de su temido acero
Huye volando el agresor artero.

XCII.

Sin que el anciano su intención presuma,
Fingiendo huir de la enemiga espada,
Su corcel punza, que cual leve pluma
La crin cerdosa al aire levantada,
Bañando el freno de rabiosa espuma
Salva la antigua puerta mal guardada;
Y el dueño astuto que su impulso rige
Al castellano campo le dirige.

E

(32)

XCIII.

Allí el Monarca en ademan sañudo
Temblaba al ver la heróica resistencia
Del leál pueblo que rendir no pudo
Ni el hierro ni la mísera dolencia:
Quando rota la lanza, sin escudo,
Se muestra cual por mágia á su presencia,
Alto guerrero con andar incierto
De polvo y sangre y de sudor cubierto.

XCIV.

Y puesto al pie del Soberano adusto
Con voz turbada trémulo le dice:
Yo soy Vellido á quien con fuero injusto
Arias persigue, y la ciudad maldice;
Que implorar osa tu favor augusto
Contra el odio mortal; que huyó infelice
Por persuadir á la sitiada gente
Doblara á Sancho la indomable frente.

XCV.

Y si á mi zelo y vengador encono
Fias prudente el logro de tu empeño,
Secreta via descubrir te abono
Que del pueblo te hará triunfante dueño;
Y antes que deje el sol su excelso trono
Postrada humilde temblará á tu ceño:
Que si miento divida con mancilla
Mi infiel garganta la mortal cuchilla.

(33)

XCVI.

Dijo: y el Rey en crédula alegría
Cegado incauto de funesta venda,
En el aleve su esperanza fia,
Y ansiando ver la misteriosa senda,
Sigue al infame con tenaz porfia
Solo y sin armas..... ¡O traicion horrenda!
¡Tente! no al fraude tu valor sucumba:
¡Mira á tus pies inevitable tumba!

XCVII.

¡Tente!.... Mas ah! que al fallo del Destino
Alzando el brazo con feroz cautela,
Á Sancho arroja el pérfido asesino
Venablo agudo que silbando vuela:
Rompe de su coraza el hierro fino
Rasga su corazon, sus ojos vela;
Al suelo cae: y resonó en el viento
De un ¡ay! postrero el lamentable acento.

XCVIII.

¡Huyes traidor?..... La fulminante lanza
Del Cid airado pavoroso evita.
Al negro crimen eco de venganza
Oigo ya resonar..... Ordoñez grita
Guerra, y al punto intrépido se lanza
Retando al pueblo invicto; Arias excita
Sus hijos en defensa el pátrio suelo
Con voz robusta y denodado zelo.

(34)

XCIX.

Sangre tiñe el palenque.... Mas cual luce
En negras nubes con gallardo viso
El Iris bienhechor que el sol produce;
Tal Alfonso aparece..... ya diviso
Que el ramo de oro de la paz conduce:
Libre es Zamora ya..... Mas de improviso
La madre España en misterioso anhelo,
Corre de lo pasado el denso velo.

De don José Ayensa y Munarriz,

